



BEATRIX POTTER™

CUENTOS COMPLETOS

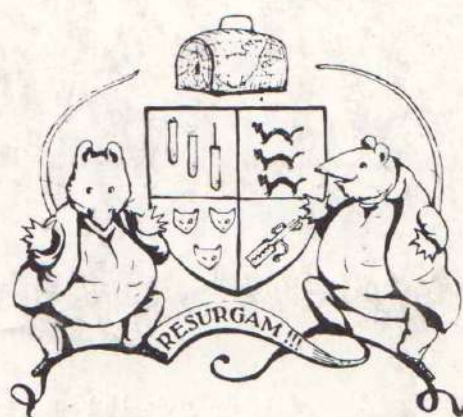


EDICIÓN ORIGINAL Y AUTORIZADA



DEBATE

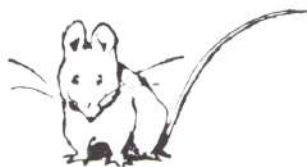




ESTE LIBRO PERTENECE A

.....

CUENTOS
COMPLETOS
DE
BEATRIX
POTTER





«... “¡estolas para ratones y lazos para la gente menuda! ¡Para ratones!”,
dijo el sastre de Gloucester.» *El sastre de Gloucester.*

CUENTOS COMPLETOS DE BEATRIX POTTER

Los 23 cuentos originales del conejo Perico

LA EDICIÓN ORIGINAL Y AUTORIZADA
BEATRIX POTTER

EDITORIAL DEBATE

Las reproducciones en este libro han sido realizadas utilizando los métodos más modernos de escáner electrónico a partir de diapositivas totalmente nuevas de las acuarelas originales de Beatrix Potter. Permiten una apreciación insólita, aun superior a la de su época, del talento artístico de Beatrix Potter.



FREDERICK WARNE

Publicado por el Grupo Penguin
27 Wrights Lane, Londres, W8 5TZ, Reino Unido
Penguin Books USA Inc., 375 Hudson Street, Nueva York 10014, EE UU
Penguin Books Australia Ltd., Ringwood, Victoria, Australia
Penguin Books Canada Ltd., 2801 John Street, Markham, Ontario, Canada L3R 1B4
Penguin Books (NZ) Ltd., 182-190 Wairau Road, Auckland 10, Nueva Zelanda
Penguin Books Ltd., domicilio social: Harmondsworth, Middlesex, Reino Unido

Primera edición en este formato, 1989

© De la presente edición, Frederick Warne & Co., 1989

Obras de Beatrix Potter incluidas en el copyright del presente volumen:

© Frederick Warne & Co., 1902, 1903, 1904, 1905, 1906, 1907, 1908, 1909, 1910, 1911, 1912, 1913, 1917, 1918, 1922, 1930

Derechos de autor para todos los países signatarios de la Convención de Berna

© Nueva reproducción, Frederick Warne & Co., 1987

Derechos de autor para todos los países signatarios de las Convenciones de Berna y Universal

© De la traducción, Mónica Rubio

© De la versión castellana, Editorial Debate, S. A., Recoletos, 7, 28001 Madrid

Diseño Bet Ayer

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 84-7444-501-X

Impreso por William Clowes Limited, Reino Unido

ÍNDICE



La historia de Beatrix Potter 6

LOS CUENTOS

El cuento de Perico el conejo travieso	9
El cuento de la ardilla Nogalina	21
El sastre de Gloucester	37
El cuento del conejito Benjamín	53
El cuento de los dos malvados ratones	69
El cuento de la señora Bigarilla	85
El cuento de la empanada y el molde	101
El cuento del señor Jeremías Peces	119
La historia de un conejito feroz	131
La historia de la señorita Minina	139
El cuento del gato Tomás	147
El cuento de la oca Carlota	159
El cuento de Samuel Bigotes	
o El brazo de gitano	173
El cuento de los conejitos Pelusa	197
El cuento de Jengibre y Pepinillos	209
El cuento de doña Ratoncilla	223
El cuento de Timoteo Puntillas	235
El cuento del señor Raposo	251
El cuento del cerdito Amable	281
Canciones infantiles de Manzanitas Verdes	309
El cuento de Juanito Ratón de Ciudad	317
Canciones infantiles de Cecilia Perejil	331
El cuento del cerdito Robinsón	339

LA HISTORIA DE BEATRIX POTTER



Beatrix Potter en su granja, Hill Top, 1907

Beatrix Potter nació en 1866 y creció disfrutando de la protegida vida convencional de una muchacha victoriana en un hogar acomodado. No fue a la escuela; una institutriz la educó en casa, en Londres, por lo que tuvo pocas oportunidades de estar con otros niños. Su único hermano, Bertram, era seis años más joven, y cuando él estaba en la escuela los compañeros habituales de Beatrix eran los animalitos que tenía en su sala de clases. Los contemplaba durante horas, estudiando su comportamiento y dibujándolos con gran habilidad. Cada verano, el padre de Beatrix Potter alquilaba una casa durante tres meses, al principio en Escocia y más tarde en Lake District. Durante aquellas largas vacaciones Beatrix y Bertram podían explorar a su antojo la campiña y aprender acerca de las plantas y los animales por medio de sus propias observaciones.

La carrera como artista y escritora de cuentos para niños de Beatrix Potter comenzó cuando Frederick Warne publicó *El cuento de Perico el conejo travieso*, en 1902. El cuento fue rechazado con anterioridad por varias editoriales, pero el público lo adoptó al poco tiempo de su aparición. Beatrix rebosaba de ideas y escribió una media de dos libros al año hasta 1910. El dinero que ganó con ello le dio cierta independencia, aunque siguió viviendo en la casa de sus padres. En 1905, el editor de Beatrix, Norman Warne, le propuso matrimonio. A pesar de la oposición de sus padres, que le consideraban un «comerciante» y por tanto de un nivel inferior al suyo, Beatrix aceptó, pero la temprana muerte de Norman, de anemia perniciosa (solamente unas semanas después), puso trágico fin a su compromiso. En aquel mismo año compró su primera propiedad en Lake District: la granja Hill Top en el pueblo de Sawrey. Tras la muerte de Norman Warne, pasó allí todo el tiempo que le fue posible. La granja y sus alrededores comenzaron a aparecer en sus cuentos, y algunas de sus más preciadas ilustraciones muestran escenas de la región de los lagos, que desde entonces han permanecido igual.

En 1913, a la edad de cuarenta y siete años, Beatrix se casó con William Heelis, un abogado del lugar, y convirtió Sawrey en su hogar permanente. La escritura y la pintura comenzaron a ser labores secundarias ante los trabajos de la granja, la cría de ovejas y la compra de terrenos en la hermosa campiña de la región de los lagos para asegurar su conservación. Durante los últimos treinta años de su vida, los trabajos agrícolas y la conservación del paisaje se convirtieron en su principal ocupación y cuando murió en 1943 dejó unos 4.000 acres de terreno y quince granjas al país. Era una mujer notable, de imaginación auténticamente original, talento artístico y literario, y con la fortaleza mental necesaria para lograr su realización creativa.

EL CUENTO DE PERICO EL CONEJO TRAVIESO



1902



ACERCA DE ESTE CUENTO



El cuento del travieso Perico en el huerto del tío Gregorio apareció por primera vez en una carta ilustrada que Beatrix Potter escribió a Noel Moore, el hijo pequeño de su primera institutriz, en 1893. Animada ante su éxito por haber logrado publicar varias tarjetas de felicitación, Beatrix recordó la carta unos siete años más tarde y la convirtió en un librito ilustrado, con dibujos en blanco y negro. Varios editores lo rechazaron, así que Beatrix lo editó ella misma para regalárselo a sus familiares y amigos.

Por aquella época Frederick Warne aceptó publicar el cuento si la autora le proporcionaba dibujos en color, y el libro apareció finalmente en 1902 al precio de un chelín (cinco peniques). Fue un éxito inmediato y ha seguido siéndolo desde entonces. La historia de un paseo, con un héroe emprendedor, una emocionante persecución y un final feliz, combinados con exquisitas ilustraciones, conforman este clásico infantil cuyo atractivo no tiene edad.

HABÍA una vez cuatro
conejos que se llamaban
Pelusa,
Pitusa,
Colita de Algodón,
y Perico.

Vivían con su madre bajo las
raíces de un abeto muy grande.

Una mañana su madre les
dijo:

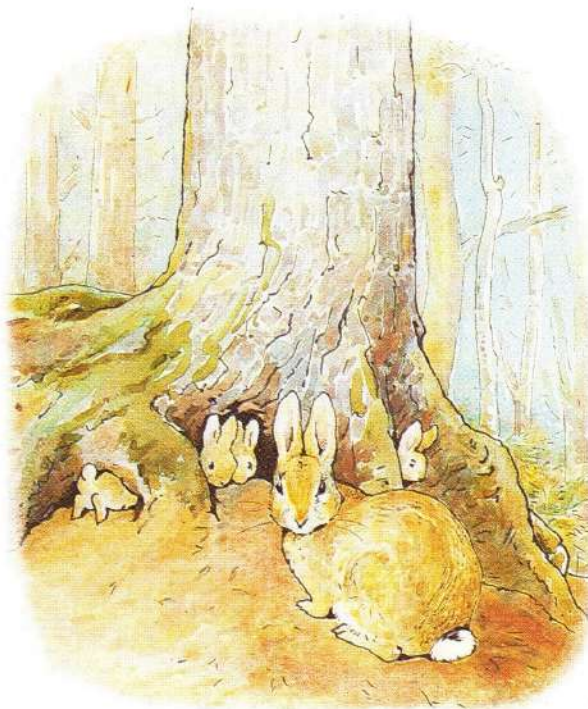
—Hijitos, podéis ir a jugar al
campo o a corretear por la
vereda..., pero no vayáis al
huerto del tío

Gregorio: ya

sabéis la desgracia

que le ocurrió allí a vuestro padre. ¡La tía

Gregoria lo hizo picadillo!



—¡Hala! Iros a jugar pero
no hagáis travesuras. Yo voy a
salir.





Entonces la señora Coneja cogió la cesta y el paraguas y se fue andando por el bosque a la panadería. Allí compró una barra de pan moreno y cinco bollos.

Pelusa, Pitusa y Colita de Algodón, que eran unas conejitas muy buenas, se fueron por el camino a coger zarzamoras.



Pero Perico, que era un conejito muy travieso, se fue derecho al huerto del tío Gregorio y, estirándose mucho... ¡se coló por debajo de la verja!



Primero se comió unas lechugas, después unas judías verdes y por último... ¡se zampó unos rabanitos!



Después le dolía la tripa de tanto comer y se fue a buscar unas ramitas de perejil.

Pero al dar la vuelta al invernadero... ¡se dio de narices con el tío Gregorio!

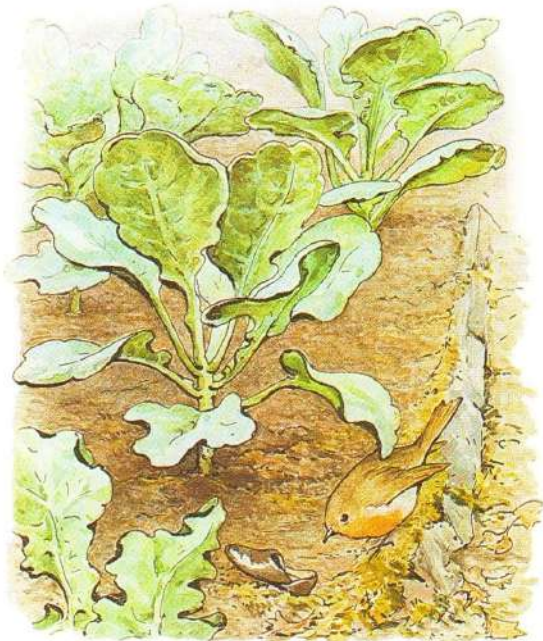


El tío Gregorio estaba de rodillas plantando unas coles. Pero en cuanto vio a Perico se lanzó tras él con el rastrillo en alto, gritando: «¡Al ladrón!»

Perico estaba muerto de miedo. Corría por el huerto de acá para allá sin encontrar la verja por donde había entrado.

Perdió uno de los zapatos en un lecho de coles y el otro en un campo de patatas.

Al encontrarse sin zapatos, comenzó a correr a cuatro patas tan de prisa, tan de prisa que ya casi se había escapado cuando... ¡los botones de su chaqueta se engancharon en una red que cubría una mata de grosellas!



Perico se dio por vencido y comenzó a llorar. Pero unos gorriones muy simpáticos que volaban por allí, al oír los sollozos de Perico, se dirigieron a donde él estaba y le pidieron que hiciera un último esfuerzo.

Perico llevaba una chaqueta azul recién estrenada con grandes botones dorados.





Ya estaba el tío Gregorio encima de Perico, tratando de atraparlo con una criba. Pero, en el último instante, Perico consiguió escabullirse, dejando tras de sí la chaqueta.

Corriendo a más no poder, se metió en la caseta de las herramientas y, de un salto, se escondió en la regadera. Habría sido un escondite perfecto si no fuera porque... estaba llena de agua.



El tío Gregorio sabía que Perico se escondía en algún lugar de la caseta, así es que fue levantando los tiestos uno por uno para ver si lo encontraba.

De pronto, Perico estornudó —¡a... a... achís!— y el tío Gregorio se le vino de nuevo encima.

Estaba a punto de pisarle cuando Perico, de un salto, se escapó por la ventana, tirando unos cuantos tiestos. La ventana era demasiado pequeña para el tío Gregorio y, además, estaba cansado de perseguir a Perico. Así es que dio media vuelta y se volvió a su trabajo. Perico se sentó a descansar. Estaba sin aliento, mojado, temblaba de miedo y no tenía la menor idea del camino

que debía seguir.

Después de un rato, comenzó a rondar por los alrededores, dando pequeños saltitos —plop, plop, plop— y mirando a ver qué veía.

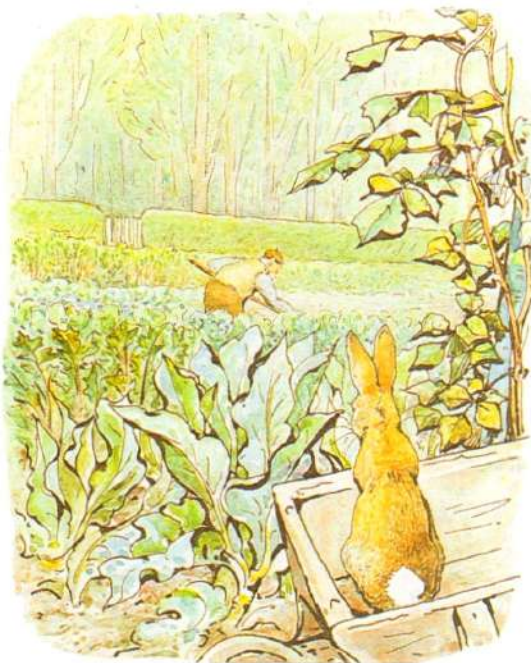
Por fin, encontró una puerta en la tapia que rodeaba al huerto, pero estaba cerrada y

no había sitio para que un conejito tan gordo como él se escurriera por debajo.

Pero vio un ratoncito que entraba y salía por debajo de la puerta, llevando guisantes y judías a su familia que vivía en el bosque. Perico le preguntó por el camino que conduce a la verja, pero el ratón, que en aquellos momentos se estaba comiendo un guisante, se atragantó. Sólo podía mover la cabeza de un lado para otro, y Perico se echó a llorar.



Trató de encontrar un camino a través del huerto, pero cada vez estaba más aturdido. Llegó al estanque donde el tío Gregorio llenaba sus regaderas. Había allí una gata blanca que miraba fijamente a los peces de colores. Estaba sentada sin moverse pero, de vez en cuando, la punta de la cola se le estremecía como si estuviera viva. Perico se marchó sin dirigirle la palabra... ¡Había oído cosas terribles de los gatos en boca de su primo, el conejito Benjamín!



Volvió de nuevo a la caseta de herramientas, pero, de pronto, oyó el ruido del azadón —zaca, zaca, zaca— al cavar en el campo. Perico se escondió bajo unos arbustos. Pero, al ver que no pasaba nada, decidió salir de su escondrijo y se subió a una carretilla para echar un vistazo. Lo primero que vio fue al tío Gregorio escardando cebollas. Estaba de espaldas a Perico y el conejito pudo ver que, más allá, estaba... ¡la verja!



Perico se bajó de la carretilla sin hacer ruido, y echó a correr por una senda medio oculta entre matas de grosella.

El tío Gregorio le echó el ojo cuando Perico doblaba la esquina del huerto, pero era ya demasiado tarde. Perico se deslizó por debajo de la verja y llegó sano y salvo al bosque que había al otro lado.

El tío Gregorio cogió la chaqueta y los zapatitos de Perico e hizo con ellos un espantapájaros para asustar a los mirlos.





Perico no paró de correr hasta que llegó a su casa, bajo las raíces del gran abeto.

Estaba tan cansado que se dejó caer en el suelo blando y arenoso de la madriguera y allí se quedó con los ojos cerrados. Su madre estaba cocinando y, al verlo llegar, se preguntó qué había hecho con la ropa... ¡era la segunda chaqueta y el segundo par de zapatos que perdía en dos semanas!

Lamento decir que Perico se

sintió algo indispuesto aquella noche.

Su madre lo acostó, le preparó una infusión de manzanilla amarga... ¡y se la hizo tomar al pobre Perico!

«Una cucharada sopera antes de acostarse», tal como decía el médico.



En cambio, sus hermanas Pelusa, Pitusa y Colita de Algodón cenaron tan ricamente: sopas de leche con pan y, de postre, zarzamoras.

FIN

EL CUENTO DE LA ARDILLA NOGALINA



1903



ACERCA DE ESTE CUENTO



En 1901 Beatrix Potter pasaba el verano con su familia en Lingholm, una casa en los acantilados de Derwentwater, en Lake District. Escribió una carta acerca de las ardillas que veía por allí a Norah Moore, hija de su primera institutriz:

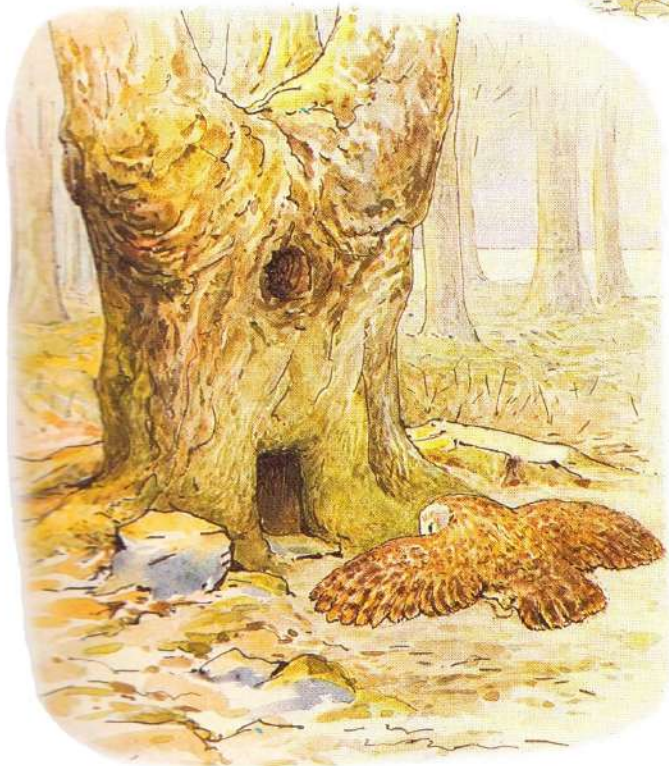
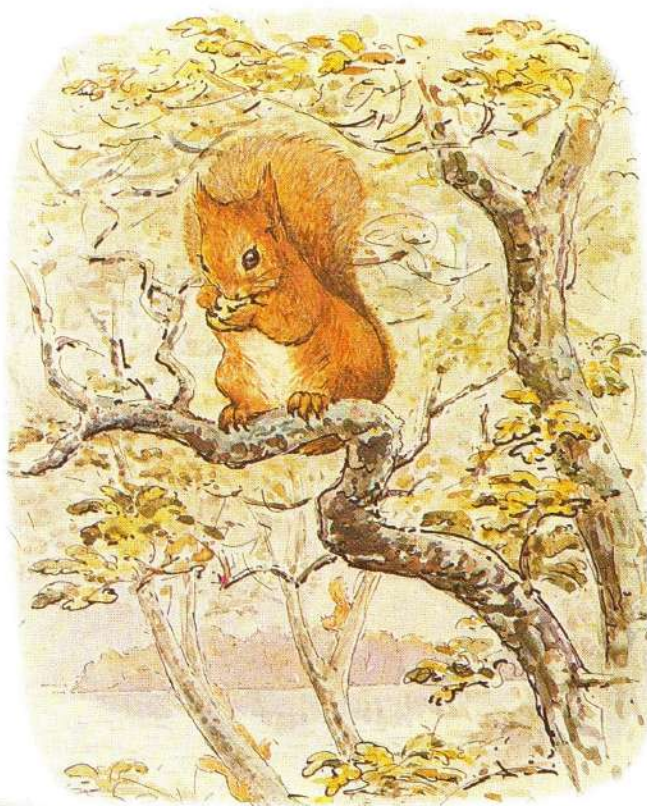
«Una anciana que vive en la isla dice que cruzan el lago cuando sus nueces están rancias. Pero, ¿cómo pueden atravesar el agua? ¡Quizá construyan pequeñas balsas!»

La carta continúa contando la historia de Nogalina, la ardilla gordinflona que acaba castigada por Viejo Pardo, un búho con el que Beatrix Potter substituyó a la anciana de la carta.

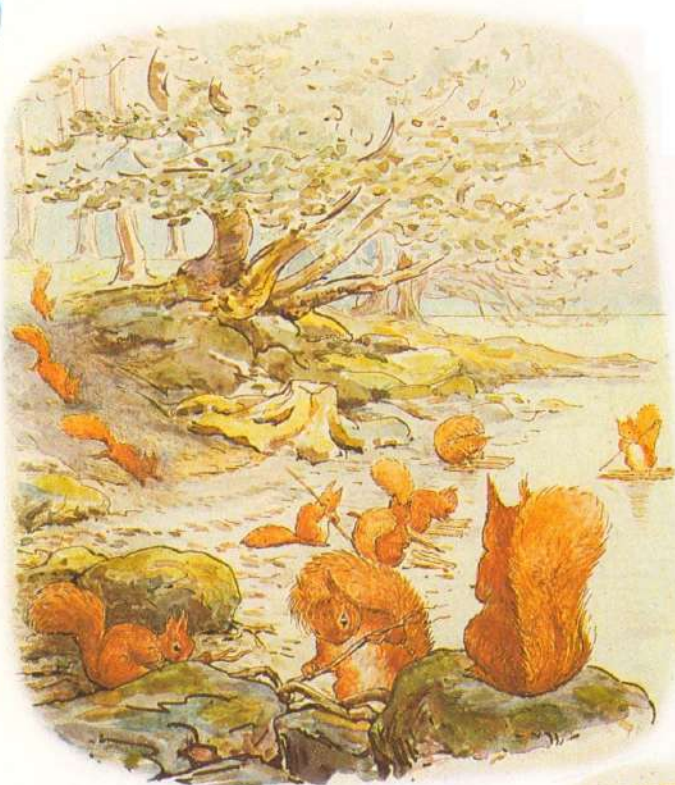
Dedicó el libro, una vez concluido, a Norah. Contiene muchos paisajes del hermoso lago, Derwentwater, que ha permanecido casi sin cambios hasta hoy.

ESTE es un cuento acerca de una cola; una cola que pertenecía a una ardillita roja que se llamaba Nogalina.

Tenía un hermano llamado Comebayas y un montón de primos; vivían todos en un bosque junto al lago.



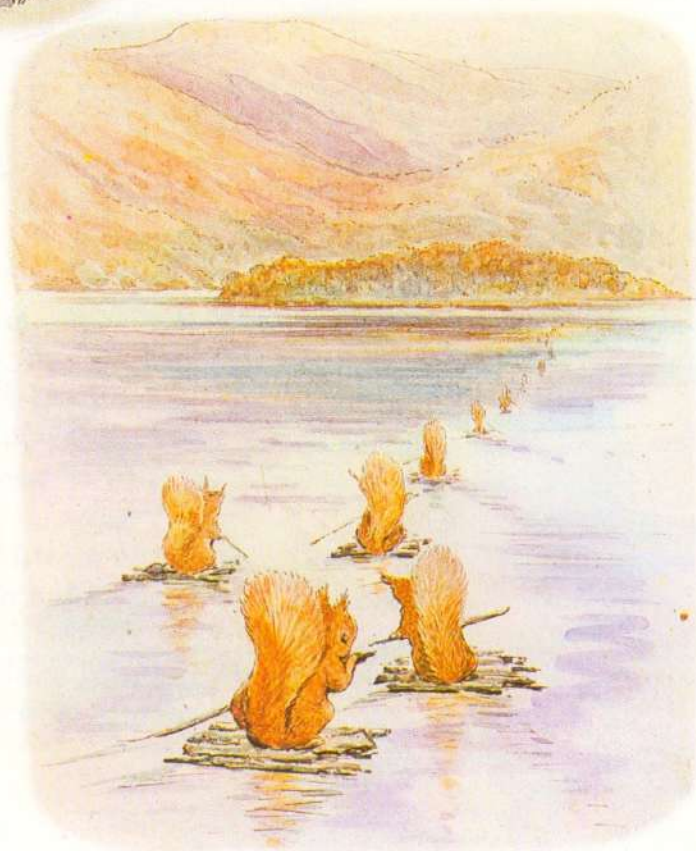
En medio del lago hay una isla cubierta por árboles y arbustos; y entre estos árboles se encuentra un gran roble que es la casa de un anciano búho llamado Viejo Pardo.



Un otoño, cuando las nueces ya estaban rancias y las hojas de los avellanos se volvían doradas, Nogalina, Comebayas y las demás ardillitas salieron del bosque y bajaron a la orilla del lago.

Hicieron balsitas con ramas y remaron a través del lago hasta la isla del Búho para recoger nueces.

Cada ardilla llevaba un saco pequeño y un remo grande; y extendían sus colas para que les sirviesen de vela.



También llevaban con ellas tres ratones gordos de regalo para Viejo Pardo, que colocaron ante el umbral de su puerta.

Luego Comebayas y las demás ardillas hicieron una gran reverencia y dijeron muy educadas:

—Señor Viejo Pardo, ¿tendría usted la amabilidad de darnos permiso para recoger nueces en su isla?

Pero los modales de Nogalina eran un poco impertinentes. Se puso a bailotear arriba y abajo como una *cereza*, cantando:

«¡Adivina adivinanza,
un hombrecillo con roja casaca!
Un palo en la mano,
una piedra en la garganta;
si lo adivinas,
te bailo una danza.»

Hoy en día, esta adivinanza es más vieja que las montañas; Viejo Pardo no le hizo ni caso a Nogalina.

Cerró obstinado los ojos y se durmió.





Las ardillitas llenaron de nueces sus sacos y volvieron navegando a casa por la tarde.

Pero a la mañana siguiente volvieron todas a la isla del Búho. Comebayas y las demás llevaron un topo gordo y lo dejaron ante la puerta de Viejo Pardo diciendo:

—Señor Pardo, ¿tendría usted la amabilidad de darnos permiso para recoger algunas nueces más?



Pero Nogalina, que no tenía respeto por nadie, empezó a bailar arriba y abajo, haciendo cosquillas al señor Pardo con una *ortiga* y cantando:

«¿Quién lo adivinará?
En el muro picará,
fuera del muro picará;
si tocas a mi amiguita,
te morderá.»

El señor Pardo se despertó de repente y metió al topo dentro de casa.



Le cerró a Nogalina la puerta en las narices. Un hilillo de *humo* azul de un fuego de leña salió por la chimenea del árbol, y Nogalina se puso a mirar por el ojo de la cerradura, cantando:

«¡Alto, alto como un pino
y pesa menos que un comino!»

Las ardillas estuvieron buscando nueces por toda la isla y llenaron sus saquitos.

Pero Nogalina no cogió más que bellotas —amarillas y escarlatas—, y se puso a jugar con ellas a las canicas encima de un tocón de haya, mirando hacia la puerta del señor Pardo.



Al tercer día, las ardillas se levantaron muy temprano y se fueron a pescar; cogieron varias truchas gordas de regalo para el señor Pardo.

Remaron por el lago y ataron sus balsas bajo un castaño retorcido en la isla del Búho.



Comebayas y otras seis ardillitas llevaban una trucha gorda cada una, pero Nogalina, que era una maleducada, no llevaba ningún regalo. Corría delante de las demás, cantando:



«El hombre del bosque
me dijo:
“¿Crecen fresas en el mar?”
A lo que yo contesté:
“¡Tantas como arenques en este
lugar!”»

Pero al señor Pardo no le interesaban las adivinanzas, ni aunque le diesen la respuesta.

El cuarto día, las ardillas llevaron de regalo seis rollizos escarabajos, que al señor Pardo le gustaban tanto como si fuesen ciruelas en un *pastel de ciruelas*. Cada escarabajo iba cuidadosamente envuelto en una hoja de acedera, atada con una aguja de pino.

Pero Nogalina cantó, tan grosera como siempre:

«¡Señor P., adivine!
Harina inglesa, fruta de España;
se mezclan juntas con una caña;
se cuecen en un hornillo;
¡si lo adivina, le doy un anillo!»



Lo cual era ridículo, pues Nogalina no había llevado ningún anillo para regalárselo a Viejo Pardo.

Las demás ardillas revolvieron los arbustos en busca de nueces. Pero Nogalina estuvo sacando bolitas de un escaramujo y clavándoles agujas de pino.

Al quinto día las ardillas llevaron miel salvaje de regalo; era tan dulce y pegajosa que tuvieron que chuparse los dedos cuando la dejaron sobre el umbral de la casa. La habían robado de un panal de *abejas* que estaba en lo alto de la colina.

Pero Nogalina correteaba arriba y abajo, cantando:



«¡Bss, bss! Cuando llegué a mi pueblo
vi un rebaño de escuálidos cerdos;
unos amarillos y otros negros;
nunca se vieron allí
a los cerdos zumbando así.»



El señor Pardo volvió los
ojos molesto ante la
impertinencia de Nogalina.
¡Pero se comió la miel!



Las ardillas llenaron sus sacos de nueces.

Pero Nogalina se sentó sobre una roca plana y se puso a jugar a los bolos con una manzana silvestre y verdes piñas de abeto.

Al sexto día, que era sábado, las ardillas volvieron por última vez; traían un *huevo* recién puesto en una cestita como regalo de

despedida para Viejo Pardo.

Pero Nogalina corrió delante, riendo y gritando:



«Humpty Dumpty se cayó al río;
y allí quedó muerto de frío.

Ni veinte doctores ni veinte artesanos,
pudieron coger a Humpty con sus manos.»

El señor Pardo se interesó mucho por el huevo: abrió un ojo y lo volvió a cerrar. Pero siguió callado.



Nogalina se puso cada vez más impertinente.

«¡Señor Viejo P., señor Viejo P.;
Manolito a la puerta del Rey se
fue;
y todo el ejército, aunque lo
intentó,
echarle de allí no logró!»

Nogalina bailó, subiendo y bajando como un *rayo de sol*; pero Viejo Pardo siguió callado.





Nogalina volvió a empezar:

«¡Juanito rompió su correa;
y llegó rugiendo por la chimenea;
ni el gran rey de Escocia pudo
conseguir
que Juan se marchara y volviera a
dormir!»

Nogalina se puso a soplar
para imitar al *viento* y saltó
corriendo a la cabeza de
Viejo Pardo...

De pronto se oyó un
revuelo y un fuerte «¡Cuic!».

Las demás ardillas corrieron
a refugiarse en los matorrales.

Cuando volvieron, muy
cautelosas, mirando hacia el
árbol... vieron a Viejo Pardo
sentado en el umbral de su
puerta, muy quieto, con los
ojos cerrados como si nada
hubiese pasado.

* * * * *

*¡Pero Nogalina estaba en el
bolsillo de su chaleco!*



Puede parecer que aquí se acaba el cuento, pero no es así.



Viejo Pardo se llevó a Nogalina a su casa y la agarró por el rabo para despellejarla; pero Nogalina tiró tan fuerte que su cola se partió en dos, salió corriendo por las escaleras y se escapó por la ventana del ático.



Y si te encuentras a Nogalina en lo alto de un árbol y le preguntas una adivinanza, te tirará palitos, pataleará, gruñirá y te gritará:
—¡Cucurrucú, cucurrucú, cucú!

FIN

EL SASTRE DE GLOUCESTER



1903



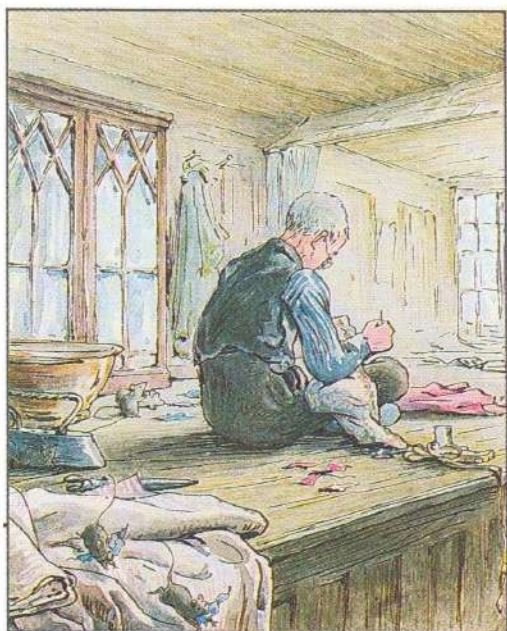
«Busquemos un espejo y por mi cuenta
a veinte o cuarenta sastres convoquemos.»

Ricardo III

ACERCA DE ESTE CUENTO



El sastre de Gloucester fue el cuento favorito de Beatrix Potter entre todos los que escribió. La primera vez que oyó la historia verdadera en que está basado fue en una visita a la casa de su prima Caroline Hutton, que vivía cerca de Gloucester. Un sastre se quedó asombrado al comprobar que el chaleco que había dejado sin acabar el día anterior para el alcalde de Gloucester estaba casi terminado, excepto uno de los ojales (pues «no quedaba más hilo»). En realidad, sus dos ayudantes habían acabado el trabajo en secreto, pero Beatrix Potter hizo que la tarea la terminasen los ratoncitos pardos. Añadió un toque encantador al situar la historia en Nochebuena, cuando los animales hablan, entretejiendo sus canciones populares favoritas. Dedicó el libro a otro de los niños de los Moore, Freda en esta ocasión, «porque te gustan los cuentos de hadas; y has estado malita».



EN tiempos de las espadas, las pelucas y las casacas de vuelo con solapas de flores, cuando los caballeros llevaban volantes y chalecos con encajes dorados de seda de Padua y tafetán, había un sastre que vivía en Gloucester.

Solía sentarse junto a la ventana de su tiendecilla en la calle Westgate, con las piernas cruzadas sobre la mesa, del amanecer al anochecer.

Durante todo el día, mientras había luz, cosía y recortaba el satén, el *pompadour*, la lustrina

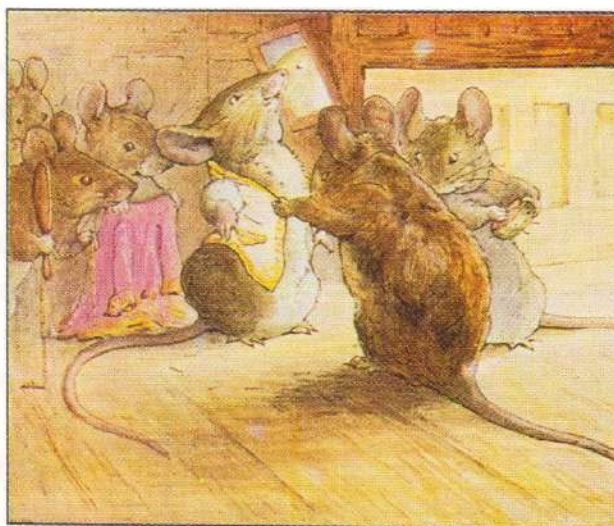
y otras telas; las telas tenían nombres muy raros y eran muy caras en los tiempos del sastre de Gloucester.

Pero aunque cosía finas sedas para sus vecinos, él era muy, muy pobre: un hombrecillo con gafas, de rostro cansado, viejos dedos retorcidos y un traje muy gastado.

Cortaba los abrigos sin desperdiciar un retal, según el dibujo de la tela; quedaban por la mesa trocitos muy pequeños:

—Muy poca anchura para aprovecharla; no sirve más que para hacer chalecos a los ratones —decía el sastre.

Una fría mañana, poco antes del día de Navidad, el sastre comenzó a hacer una levita; una levita de seda acanalada color cereza, bordada con pensamientos y rosas, rematada con gasa y cordoncillo de



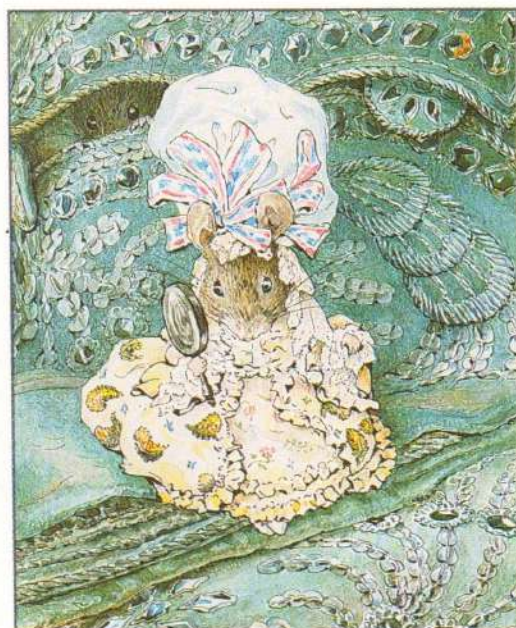
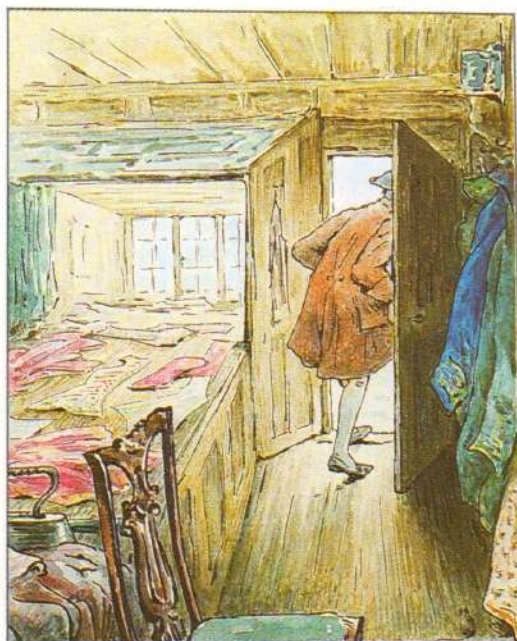
estambre verde, para el alcalde de Gloucester.

El sastre trabajaba y trabajaba sin dejar de hablar para sí. Medía la seda, la volvía una y otra vez y le daba forma con las tijeras; la mesa se llenó de retalitos color cereza.

—No hay anchura, no hay anchura; ¡estolas para ratones y lazos para la gente menuda! ¡Para ratones! —dijo el sastre de Gloucester.

Cuando empezaron a caer los copos de nieve contra el cristal emplomado de la ventanilla y la luz comenzó a faltar, el sastre dio por terminado el trabajo de aquel día; la seda y el satén descansaban cortados sobre la mesa.

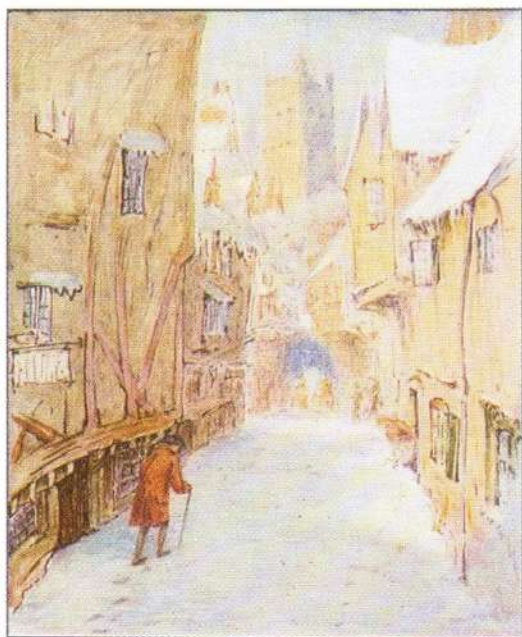
Había doce trozos para la levita y cuatro trozos para el chaleco; luego estaban los bolsillos, puños y botones, todo bien ordenado.



El forro de la levita era de un fino tafetán amarillo; y para los ojales del chaleco había escogido hilo de color cereza.

Todo estaba listo para coserlo al día siguiente, medido y preparado, pero faltaba una hebra de hilo de seda color cereza.

El sastre salió de su tienda al oscurecer, pues no dormía allí por las noches; cerró la ventana, atrancó la puerta y se llevó la llave. Sólo quedaban por la noche los ratoncitos pardos, ¡y ellos



no necesitaban llave para entrar y salir!

Pues detrás de todos los zócalos de madera de las viejas casas de Gloucester hay escaleritas para ratones, y puertas secretas; y los ratones corren de una casa a otra por estrechos pasadizos; pueden corretear por toda la ciudad sin salir a la calle.

Pero el sastre salió de la tienda y se apresuró a ir hacia su casa entre la nieve. Vivía cerca, en la plaza de la Universidad, junto a la verja del jardín de la universidad; y aunque

aquella no era una casa muy grande, el sastre era tan pobre que sólo podía alquilar la cocina.

Vivía solo con su gato, que se llamaba Simplón.

Durante todo el día, mientras el sastre estaba trabajando, Simplón tenía la casa para él solo; a él también le gustaban los ratones, ¡pero no les regalaba satén para hacerse abriguitos!

—¿Miau? —dijo el gato cuando el sastre abrió la puerta—, ¿Miau?

El sastre contestó:

—Simplón, nos haremos ricos, pero estoy hecho polvo. Coge esta monedita (que son nuestros últimos cuatro peniques) y un cuenco de loza; compra un penique de pan, un penique de leche y un penique de salchichas. Y ¡oh, Simplón! con el último penique de nuestros cuatro



peniques compra un penique de hilo de seda color cereza, Simplón, o estaré acabado, PUES NO ME QUEDA MÁS HILO.

Simplón volvió a decir:

—¿Miau? —y cogiendo la moneda y el cuenco, se marchó adentrándose en la oscuridad.

El sastre estaba cansadísimo y empezaba a encontrarse mal. Se sentó junto a la chimenea y se puso a hablar consigo mismo acerca de la hermosa levita.

—Me haré rico: el alcalde de Gloucester va a casarse el día de Navidad por la mañana y ha encargado una levita y un chaleco bordado; forrado de tafetán amarillo. El tafetán será suficiente, no quedan retales más que para hacer estolas para ratones...

El sastre calló; pues de pronto, interrumpiéndole, se oyeron unos ruiditos que salían del aparador que estaba en el otro extremo de la cocina:

¡Tip tap, tip tap, tip tap tip!

—¿Qué podrá ser eso? —dijo el sastre de Gloucester, levantándose de un salto de su silla. El aparador estaba cubierto de vajilla, cuencos, bandejas con dibujos, tazas de té y pots.

El sastre cruzó la cocina y se quedó muy quieto junto al aparador, escuchando y mirando a través de sus gafas. De debajo de una taza de té volvieron a salir aquellos extraños ruiditos:





¡Tip tap, tip tap, tip tap tip!

—Esto es muy raro —dijo el sastre de Gloucester, y levantó la taza de té que estaba boca abajo. De allí salió una pimpante ratoncita ¡que le hizo una reverencia al sastre! Luego saltó del aparador y se fue por debajo del zócalo.

El sastre volvió a sentarse junto al fuego, calentando sus pobres manos frías y murmurando para sí:

—El chaleco está cortado en satén color melocotón, bordado de

capullos con hilo de seda. ¿Habré hecho bien al confiar mis últimos cuatro peniques a Simplón? ¡Veintiún ojales rematados con seda color cereza!

Pero de nuevo, desde el aparador, empezaron a oírse, esta vez con más fuerza, más ruiditos:

¡Tip tap, tip tap, tip tap tip!

—¡Esto es más que extraordinario! —dijo el sastre de Gloucester.

Y sumamente extrañado, dio la vuelta a otra taza de té que estaba boca abajo.

De allí salió un elegante ratoncito ¡que hizo una airosa y elegante reverencia al sastre!



Entonces, por todo el aparador empezó a oírse un coro de ruiditos que sonaban todos a la vez y se respondían unos a otros, como escarabajos en una vieja contraventana apolillada:

¡Tip tap, tip tap, tip tap tip!

Y de debajo de las tazas de té y de debajo de los cuencos y platos, empezaron a salir más y más ratoncitos que saltaban del aparador y se metían por debajo del zócalo.

El sastre se sentó muy cerca del fuego, lamentándose:

—¡Veintiún ojales rematados con seda color cereza! Que han de estar acabados el sábado, y hoy es martes por la tarde. ¿He hecho bien en dejar escapar a todos esos ratones, que sin duda eran propiedad de Simplón? ¡Dios mío, estoy perdido, pues no tengo más hilo!

Los ratoncitos volvieron a salir y se pusieron a escuchar al sastre; se enteraron de cuál era el dibujo del hermoso chaleco. Se susurraron unos a otros que el forro era de tafetán y murmuraron cosas acerca de las estolas para ratones.

Y de pronto todos se marcharon corriendo por el pasadizo que había tras el zócalo, chillando y llamándose unos a otros, corriendo de casa en casa; cuando Simplón volvió con la leche, ¡no quedaba ni un ratoncito en la cocina del sastre!

Simplón abrió la puerta y entró de un salto, dando un furioso maullido, como cuando un gato se enfada: pues odiaba la nieve y tenía nieve en las orejas, nieve en el pescuezo y en el lomo. Colocó la barra de pan y las salchichas en el aparador y suspiró.

—Simplón —dijo el sastre de Gloucester en voz baja—, ¿dónde está mi hilo?



Pero Simplón puso el cuenco de leche sobre el aparador y miró suspicaz hacia las tazas de té. ¡Quería cenar unos cuantos ratoncitos gordos!

—Simplón —dijo el sastre—, ¿dónde está mi HILO?

Pero Simplón escondió un paquetito en la tetera y escupió y bufó al sastre; y si Simplón hubiese podido hablar, seguro que hubiese preguntado:

—¿Dónde está mi RATÓN?

—¡Dios mío, estoy perdido!

—dijo el sastre de Gloucester; y se fue tristemente a la cama.

Durante toda la noche Simplón rebuscó por la cocina, mirando en cajones y debajo del zócalo y dentro de la tetera en la que había escondido el hilo, ¡pero no encontró ni un ratón!

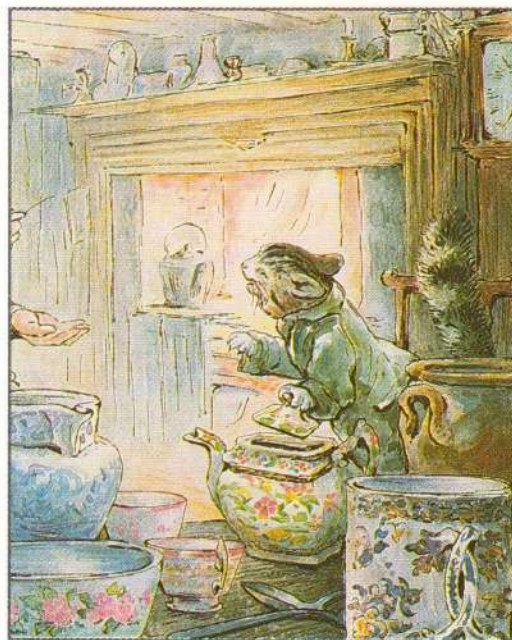
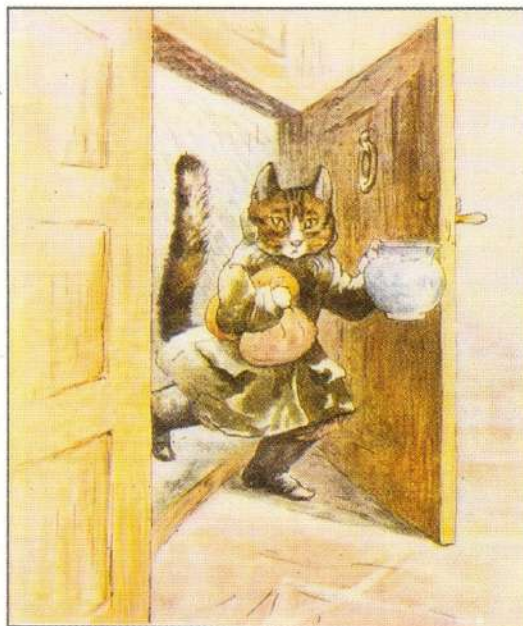
Cada vez que el sastre murmuraba y hablaba en sueños, Simplón decía:

—¡Miau-ger-rr-ssch!

Y hacía ruidos horribles, como saben hacer los gatos por la noche.

Mientras, el pobre sastre estaba muy enfermo, con fiebre, y se revolvía y agitaba en su cama de columnas; y en sueños murmuraba:

—¡No hay más hilo! ¡No hay más hilo!





Estuvo enfermo todo el día, y al día siguiente y al siguiente. ¿Y qué ocurrió con la levita color cereza? En la tienda del sastre, en la calle Westgate, la seda bordada y el satén yacían cortados sobre la mesa —con veintiún ojales—, y ¿quién vendría a coserlos, si la ventana estaba atrancada y la puerta cerrada?

Pero aquello no preocupaba a los ratoncitos; ¡se colaban sin llaves en todas las viejas casas de Gloucester!

En la calle, los mercaderes corrían sobre la nieve para comprar a tiempo los pavos y gansos y

preparar sus pasteles de Navidad, pero no habría cena de Navidad para Simplón y el pobre sastre de Gloucester.

El sastre estuvo enfermo durante tres días y noches; y llegó la Nochebuena. Era muy tarde y la luna había trepado sobre los tejados

y las chimeneas y miraba hacia abajo, hacia la plaza de la Universidad. No había luces en las ventanas ni sonidos en las casas; toda la ciudad de Gloucester dormía bajo la nieve.

Simplón seguía esperando sus ratones, y maullaba junto a la cama de columnas.

Pero una antigua historia cuenta que los animales pueden hablar entre la Nochebuena y el día de Navidad por la mañana (aunque muy poca gente ha podido oírlos o saber lo que estaban diciendo).



Cuando el reloj de la catedral dio las doce se oyó una respuesta —como un eco de campanas.

Simplón lo advirtió y salió de la casa del sastre a dar una vuelta por la nieve.

De todos los tejados, aleros y viejas casas de madera de Gloucester salían un millar de voces cantando villancicos; todas las canciones que siempre he oído y algunas que no conozco, como las campanas de Whittington.

Los primeros en cantar bien fuerte fueron los gallos:

—¡Arriba, señora, y prepare sus pasteles!

—¡Oh, oh! —suspiró Simplón.

De un desván salían luces y sonidos de baile; muchos gatos se acercaban,

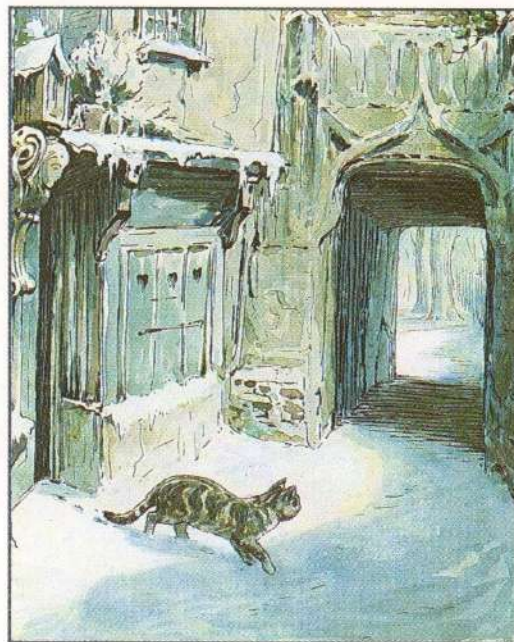
—¡Taranán, tararín, un gato y un violín! Todos los gatos de Gloucester... menos yo —dijo Simplón.

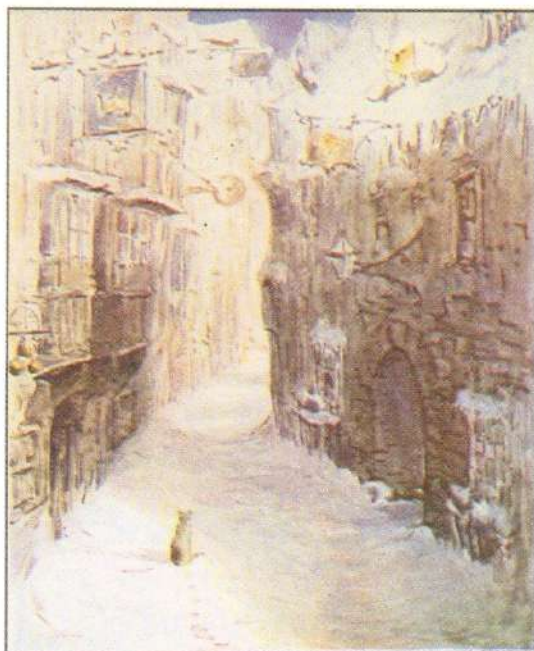
Bajo los aleros de madera, los gorriones y los estorninos cantaban canciones acerca de pasteles de Navidad; los grajos se despertaron en la torre de la catedral y, aunque era media noche, los zorzales y los petirrojos se pusieron a cantar. El aire estaba lleno de alegres cancioncillas.

¡Aquello resultaba muy, pero que muy provocador para el pobre y hambriento Simplón!

Le molestaban especialmente unas vocecillas agudas que salían de detrás de una celosía de madera.

Yo, particularmente, creo que eran murciélagos, pues ellos tienen siempre vocecillas agudas, sobre todo cuando hablan en sueños, como el sastre de Gloucester.





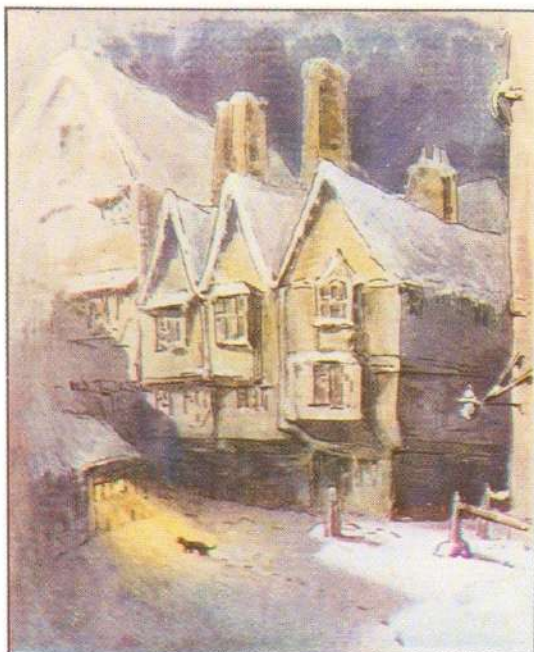
Decían algo misterioso que sonaba algo así como:

«Buzz hace la mosca;
hum hace la abeja;
gritan sus zumbidos
en nuestras orejas.»

Simplón se marchó agitando las orejas como si tuviera abejas dentro del gorro.

De la tienda del sastre en la calle Westgate salía un resplandor; y cuando Simplón trepó para mirar por la ventana, vio que estaba llena

de velas. Las tijeras y el hilo iban y venían; y voces de ratoncitos cantaban alegremente:



«Veinticuatro sastres fueron
a cazar un caracol;
el mejor de todos ellos
ni el rabito le tocó.
Caracol sacó los cuernos
y a por ellos se lanzó.
¡Corred, corred, sastrecillos,
que el peligro no pasó!»

Y sin hacer ni una pausa, los ratoncitos seguían cantando:

«Cierne la avena;
muele la harina;
echa una castaña;
ponla en la cocina...»

—¡Miau, miau! —interrumpió Simplón rascando la puerta.

Pero la llave estaba debajo de la almohada del sastre y no pudo entrar.

Los ratoncitos se rieron y empezaron otra canción:

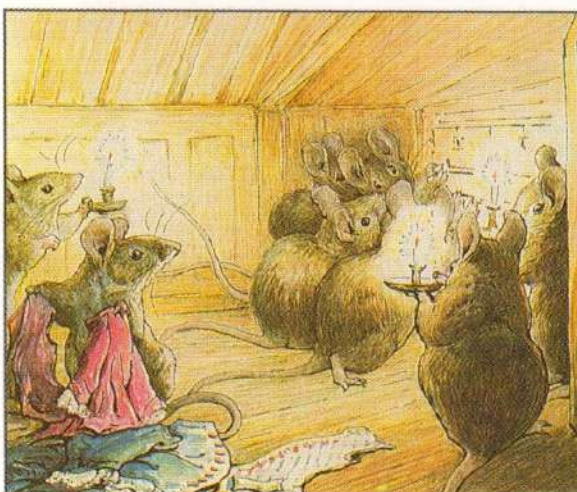
«Tres ratoncitos se sentaron a bordar;
pasó un gatito y se puso a mirar;
¿qué hacéis, caballeritos?
Levitas para señoritos.
¿Puedo entrar y los hilos cortar?
¡Oh, no, que nos comerás!»

—¡Miau, miau! —gritó Simplón.
—¿Tiquití, tiquitán?
—contestaron los ratoncitos.

«Tiquití, tiquitán;
los mercaderes de Londres
vestidos de rojo van;
seda en el cuello
y oro en el puño.
¡Qué contentos están!»

Golpeaban sus dedos para marcar el compás, pero ninguna de las canciones le gustó a Simplón; husmeaba y maullaba a la puerta de la tienda.

«Y luego compré
un pito y un pato,
un queso y un beso,
todo por un peso...»





—...¡Y encima del aparador de la cocina! —añadió un ratoncito maleducado.

—¡Miau! ¡Scrach, scrach! —rebufó Simplón en el alféizar de la ventana, mientras los ratoncitos se ponían todos en pie de un salto y empezaban a gritar todos a la vez con sus vocecillas:

—¡No queda hilo! ¡No queda hilo! —y cerraron la ventana con las contraventanas, dejando fuera a Simplón.

Pero a través de las grietas de las contraventanas oía el repicar de los dedos y las vocecillas de los ratones cantando:

—¡No queda hilo! ¡No queda hilo!

Simplón se marchó de la tienda y fue hacia casa, pensando, pensando. Encontró al viejo sastre mucho mejor, sin fiebre y durmiendo plácidamente.

Simplón fue de puntillas hasta el aparador, sacó el paquetito de seda de la tetera y lo contempló a la luz de la luna. ¡Se sintió muy avergonzado de lo malo que era, en comparación con los buenos ratoncitos!

Cuando el sastre se despertó por la mañana, lo primero que vio sobre la colcha fue un ovillo de seda color cereza, y junto a su cama ¡al arrepentido Simplón!

—¡Dios mío! ¡Estoy hecho polvo!
—dijo el sastre de Gloucester—. Pero tengo el hilo.

El sol brillaba sobre la nieve cuando el sastre se levantó y se vistió, y salió a la calle con Simplón corriendo detrás de él.

Los estorninos silbaban sobre las chimeneas y los zorzaes y los petirrojos cantaban, pero sólo cantaban sonidos, no palabras como por la noche.



—¡Dios mío! —dijo el sastre—, tengo el hilo, pero no me quedan fuerzas ni tiempo más que para coser un ojal, ¡y es el día de Navidad por la mañana! El alcalde de Gloucester se casará al mediodía y, ¿dónde estará entonces su levita de color cereza?

Abrió la puerta de su tiendecilla de la calle Westgate y Simplón entró corriendo, como un gato que espera algo.

¡Pero allí no había nadie! ¡Ni un ratoncito chiquitín!

El suelo estaba barrido; los cabitos de hilo y los retales recogidos de la mesa no se veían por ninguna parte.

Pero sobre la mesa —¡el sastre dio un grito de alegría!—, allí donde no había dejado más que trozos de seda cortada, brillaba la más hermosa levita de seda y satén bordado que nunca llevara un alcalde en Gloucester.

Tenía rosas y pensamientos en los delanteros, y el chaleco estaba bordado con amapolas y espigas.

Todo había quedado terminado, excepto un solo ojal, y sobre el ojal se veía una notita prendida con un alfiler que decía, con una escritura diminuta:

NO QUEDA HILO





Entonces empezó la buena fortuna del sastre; se volvió fuerte, se volvió rico.

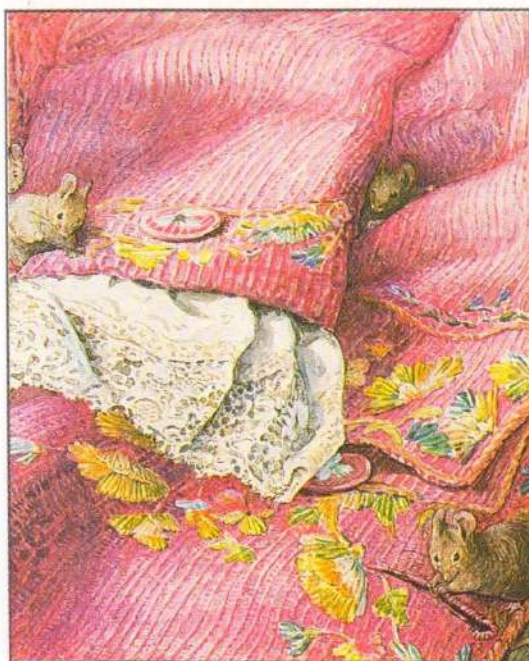
Hizo las más hermosas levitas para todos los mercaderes ricos de Gloucester y para todos los caballeros elegantes de la comarca.

¡Nunca se vieron mejores frunces, solapas y puños bordados más bellos! Pero su mayor éxito eran los ojales.

Las puntadas de aquellos ojales estaban tan bien hechas —¡tan bien hechas!— que yo me pregunto cómo podría hacerlas aquel anciano con

gafas, dedos retorcidos y dedal de sastre.

Las puntadas de aquellos ojales eran tan pequeñas —¡tan pequeñas!—que parecían hechas por ratoncitos.



FIN

EL CUENTO DEL CONEJITO BENJAMÍN



1904



ACERCA DE ESTE CUENTO



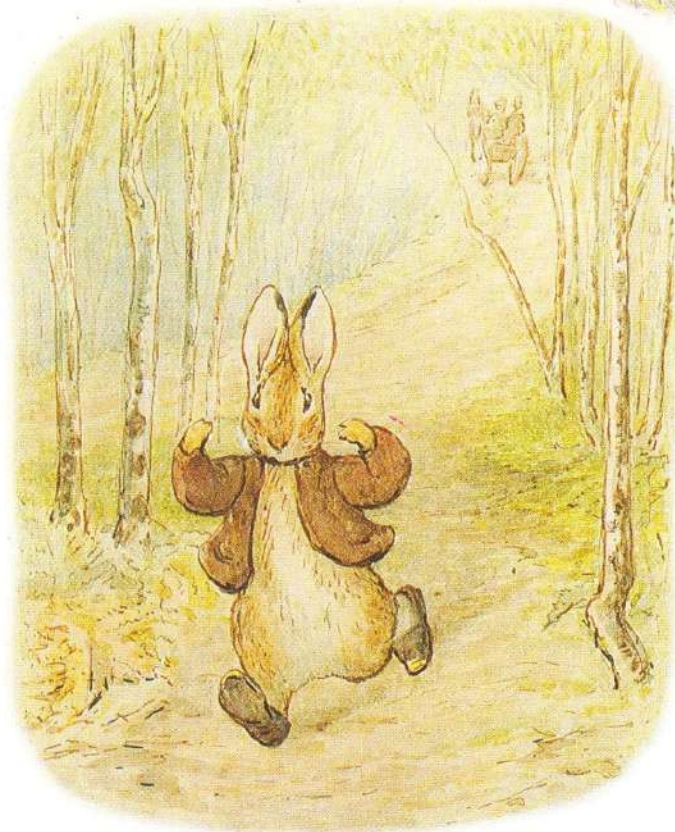
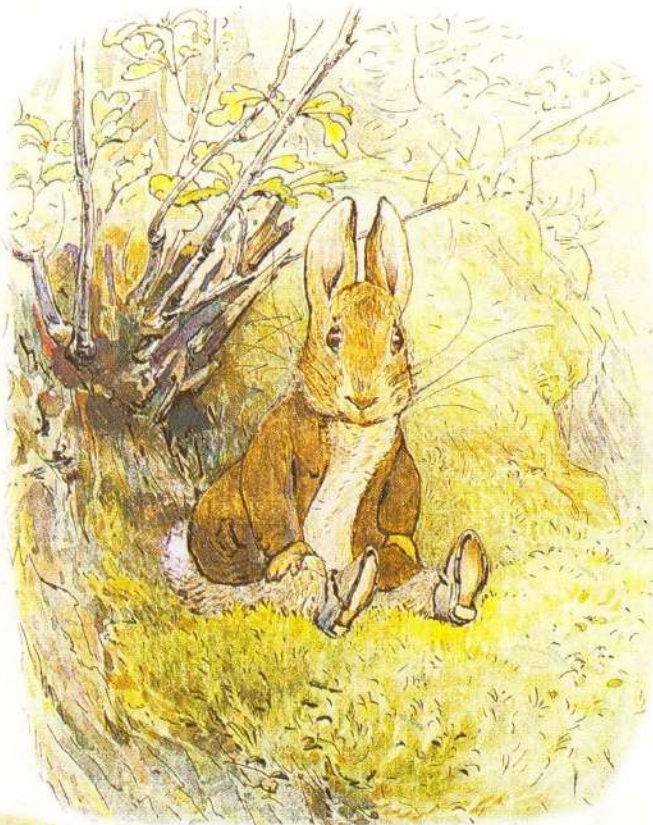
El verdadero conejito Benjamín fue un conejo domesticado de Beatrix Potter, a quien dibujaba constantemente y cuyas hazañas le divertían sin cesar. «Es un cobarde abyecto, pero también un fanfarrón. Se queda mirando a nuestro viejo perro sin pestañear y corre detrás de los gatos que escapan.» Aunque Benjamín había muerto alrededor de 1904, cuando se publicó este cuento, Beatrix podía haber estado pensando en él cuando creó al primo de Perico, Benjamín. El pequeño Benjamín es un animal muy seguro de sí mismo, que se siente como en casa en el huerto del tío Gregorio.

Beatrix dibujó los fondos del cuento mientras estaba de vacaciones en Fawe Park, una casa con hermoso jardín en Lake District. El libro está dedicado a «los niños de Sawrey de parte del señor Conejo». Más tarde, Beatrix se establecería en Lake District, en el pueblo de Sawrey, donde compró una pequeña granja.

UN buen día por la mañana, un conejito se encontraba sentado a orillas de un camino.

De pronto, se le levantaron las orejas y pudo oír claramente el trit-trot, trit-trot de un caballito que se acercaba.

Una tartana avanzaba por el camino. La conducía el tío Gregorio y junto a él estaba su señora, tocada con su más elegante sombrero.



El conejito Benjamín dejó que pasara la tartana y salió corriendo carretera abajo, saltando y brincando por el camino, en busca de sus primos, que vivían en el bosque, detrás del huerto del tío Gregorio.



Aquel bosque estaba lleno de madrigueras de conejo, y en la madriguera más amplia y confortable vivían la tía del conejito Benjamín y sus primos, Pelusa, Pitusa, Colita de Algodón y Perico.

La vieja señora Coneja era viuda. Se ganaba la vida haciendo punto, cosiendo guantecillos y mitones para conejitos (yo misma me compré un par en una tienda). También vendía hierbas, té de romero y tabaco para conejos, que está

hecho con una planta que nosotros llamamos lavanda.

El conejito Benjamín no tenía muchas ganas de ver a su tía. Así es que dio un rodeo por detrás del abeto donde vivían y... ¡casi se da de narices con su primo Perico!





Perico estaba acurrucado en el suelo, envuelto en un pañuelo rojo, y tenía un aire muy triste.



—Perico —le susurró el conejito Benjamín—. ¿Quién se ha llevado tu ropa?

—El espantapájaros del huerto del tío Gregorio —le respondió Perico. Y le explicó que el tío Gregorio le había perseguido por todo el huerto y que había perdido los zapatos y la chaqueta.

El conejito Benjamín se sentó junto a su primo y le dijo que el tío Gregorio y su señora se habían ido en la tartana a pasar el día fuera. Le aseguró que no volverían hasta muy



tarde, porque la tía Gregoria llevaba puesto su mejor sombrero.

Pero Perico no estaba de humor y le dijo a su primo que iba a llover. En aquel momento se oyó la voz de mamá Coneja, que decía desde dentro de la madriguera: «¡Colita de Algodón! ¡Tráeme un poco más de manzanilla!»

Al oír aquellas palabras, Perico pensó que le sentaría bien un paseo.

Se fueron cogidos de la mano y se subieron a la tapia que había al final del bosque. Desde allí podían ver el huerto del tío Gregorio. Efectivamente, el espantapájaros llevaba la chaqueta y los zapatos de Perico, y también un viejo sombrero que debió pertenecer al tío Gregorio.



El conejito Benjamín le dijo a su primo:

—La ropa se estropea al pasar por debajo de la verja... Para entrar en el huerto es mejor bajar por ese peral.

Perico se cayó de cabeza cuando trataba de bajar por el árbol. Pero afortunadamente no le ocurrió nada porque acababan de rastrillar y la tierra estaba blanda.



Los dos conejitos habían ido a caer sobre un lecho de lechugas recién sembradas.

Al andar, los dos conejitos dejaban sus huellas sobre aquella tierra blanda, sobre todo el conejito Benjamín que llevaba zuecos.

Benjamín dijo que lo primero que tenían que hacer era recuperar la ropa de Perico y así podrían usar el pañuelo rojo que llevaba encima.



Descolgaron la ropa del espantapájaros. Había llovido aquella noche. Por eso encontraron agua en los zapatos, y la chaqueta de Perico algo encogida.

Benjamín se colocó el sombrero del tío Gregorio en la cabeza, pero le venía algo grande.



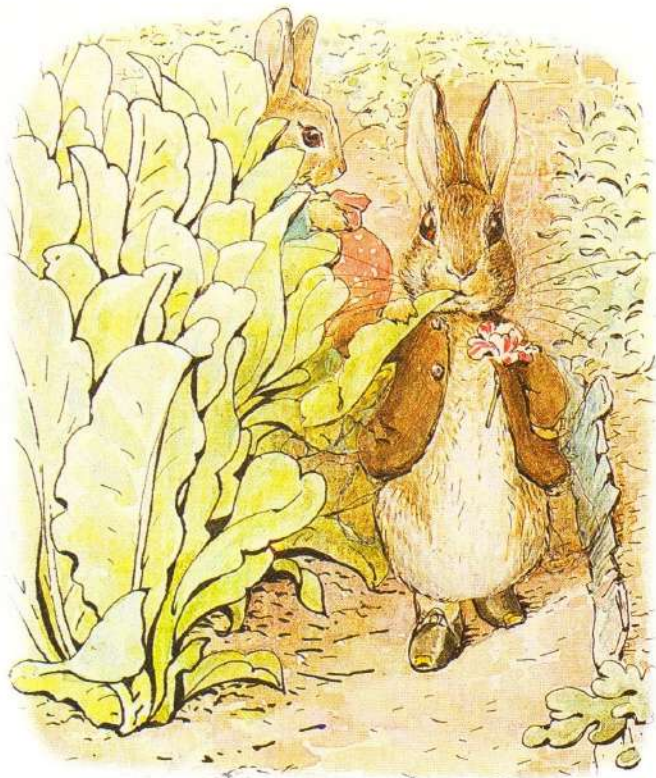
Entonces Benjamín dijo que debían recoger cebollas y envolverlas en el pañuelo para llevárselas a su tía de regalo.

Perico parecía algo nervioso. Oía ruidos por todas partes.

En cambio, el conejito Benjamín se encontraba como en su propia casa. Cogió una hoja de lechuga y le dio un bocado. Le dijo a Perico que acostumbraba a venir los domingos al huerto con su padre a coger lechugas para la cena.

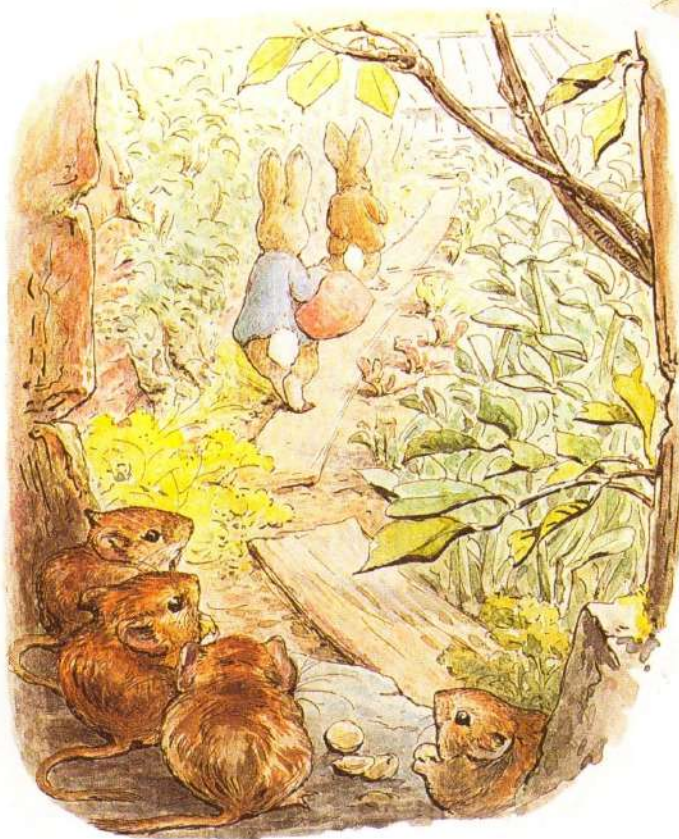
(El papá del conejito Benjamín era el señor Benjamín Conejo.)

¡Desde luego aquellas lechugas estaban buenísimas!



Pero Perico estaba desganado. Le dijo a su primo que quería irse a casa. Al marcharse, se le cayeron la mitad de las cebollas.

El conejito Benjamín le dijo que no podían trepar por el peral con todas esas



cebollas a cuestas. Tenían que salir por el otro extremo del huerto, y hacia allí encaminó sus pasos, seguido de Perico. Los dos conejitos andaban sobre tablones por un camino que bordeaba la soleada tapia del huerto.

Unos ratones que estaban sentados a la puerta de su casa los vieron pasar. Estaban royendo huesos de cereza y, al ver a Perico y a su primo Benjamín, les guiñaron el ojo.

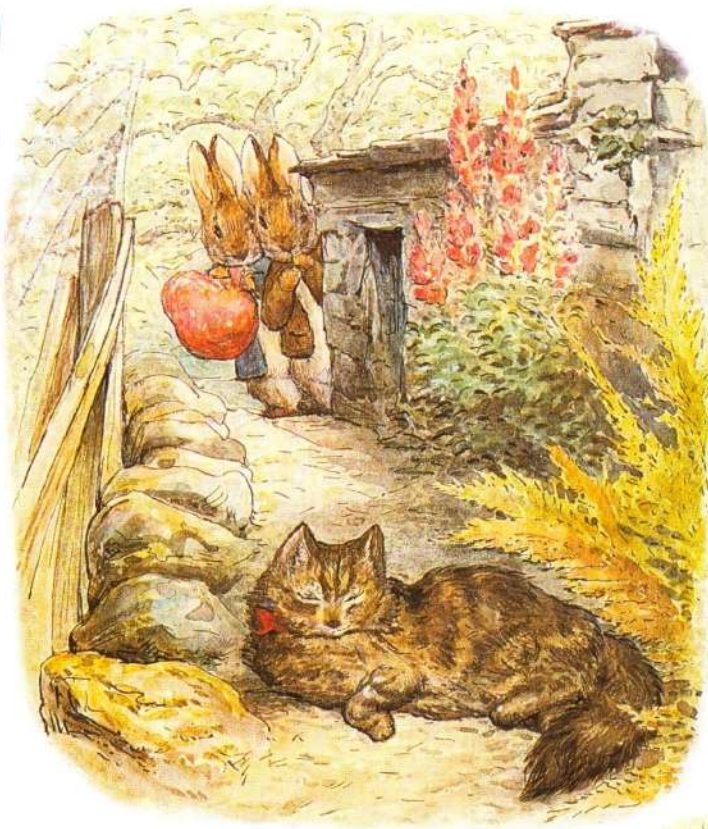


Un poco más adelante,
a Perico se le cayeron
unas cuantas cebollas del
pañuelo.

Benjamín y Perico se
encontraron en un rincón
del huerto lleno de tiestos,
cubiertas de invernadero y
cubos de madera... ¡Perico
oía cada vez más ruidos y
llevaba los ojos abiertos
como platos!

Iba unos pasos por
delante de su primo
cuando, de pronto, se
detuvo.





¡Esto es lo que vieron los conejitos al doblar la esquina!

El conejito Benjamín echó un vistazo y, en un abrir y cerrar de ojos, se metió con su primo y las cebollas bajo una cesta que encontró.

La gata se levantó, se desperezó tranquilamente y después se dirigió hacia la cesta para olisquearla...

¡Sería que le gustaba el olor a cebollas!

El caso es que, después de haberla olido, la gata se sentó encima de la cesta.



Se sentó... ¡y allí se quedó durante cinco horas!

* * * * *

Ojalá pudiera dibujaros a Perico y a su primo Benjamín metidos debajo de aquella cesta. Pero estaba demasiado oscuro y el olor a cebolla era tan intenso que los dos conejitos no paraban de llorar.



El sol dio la vuelta al cielo y comenzó a ocultarse detrás del bosque... y todavía la gata seguía sentada sobre la cesta.



Por fin se oyeron unos pasitos —tip, tap, tip, tap— y unos pedacitos de cemento se desprendieron de lo alto de la tapia.

La gata levantó la cabeza y vio al señor Benjamín Conejo paseándose por encima de la tapia.

Fumaba una pipa de tabaco para conejos y llevaba una pequeña fusta en la mano.

Estaba buscando a su hijo.



Al señor Benjamín Conejo no le asustaban los gatos.

Así es que pegó un salto gigantesco y fue a caer encima de la gata. De un empujón la echó de la cesta y de una patada la metió en el invernadero, arrancándole un montón de pelo.

La gata estaba tan sorprendida que no se atrevió a arañarle.

Después de haber metido a la gata en el invernadero, el señor Benjamín Conejo cerró la puerta con llave.

Entonces se dirigió hacia la cesta, sacó a su hijo Benjamín de las orejas y le dio una buena paliza con la fusta que llevaba en la mano.

A continuación sacó a Perico.





Finalmente, cogió el pañuelo con las cebollas y salió del huerto con paso firme.

Media hora más tarde, el tío Gregorio regresó al huerto y se quedó perplejo.

Parecía como si alguien se hubiera estado paseando por el huerto con zuecos... ¡pero qué zuecos tan diminutos!

Tampoco podía entender cómo la gata se había encerrado *dentro* del invernadero, echando la llave desde *fuera*.



Cuando Perico llegó a su casa, su madre le perdonó. Estaba contenta de que volviera con los zapatos y la chaqueta que había perdido. Colita de Algodón y Perico doblaron el pañuelo que el conejito había traído mientras mamá Coneja colgaba en el techo de la cocina las cebollas, junto a los manojos de hierbas y las plantas de tabaco para conejos.



FIN

EL CUENTO DE LOS DOS MALVADOS RATONES



1904



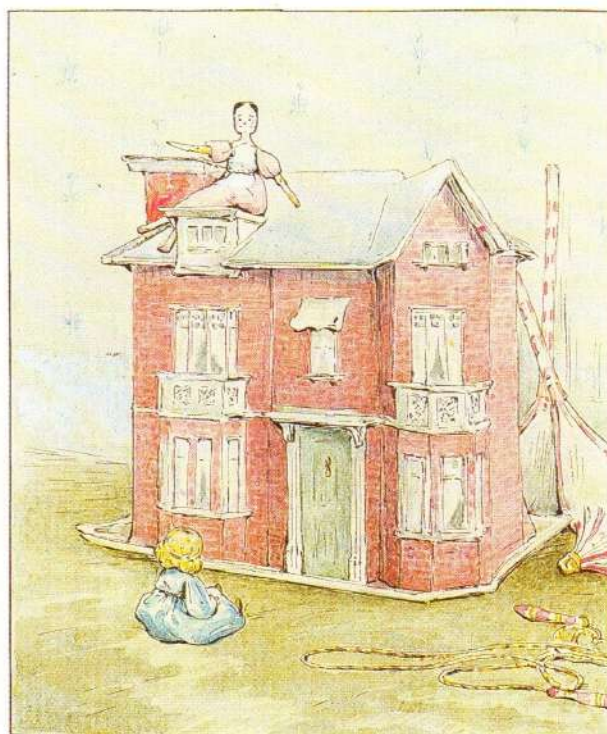
ACERCA DE ESTE CUENTO



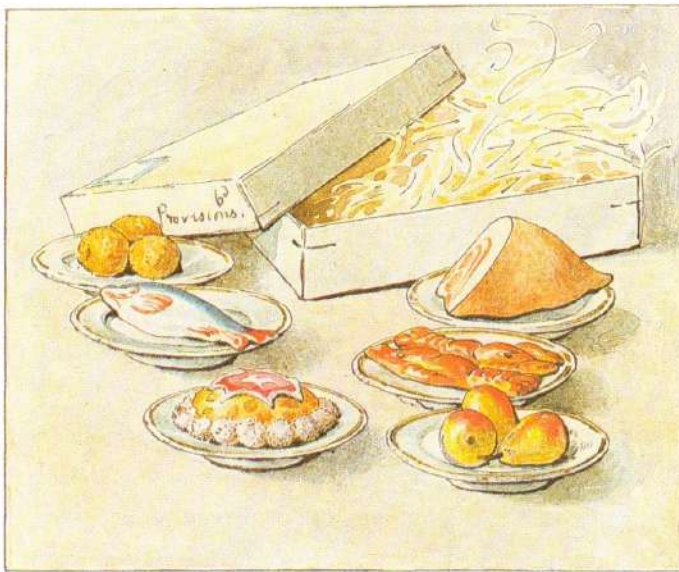
El cuento de los dos malvados ratones fue escrito durante una época especialmente feliz para Beatrix Potter; ella y su editor, Norman Warne, se habían vuelto amigos muy íntimos y Beatrix era a menudo invitada a las celebraciones de la familia Warne. Norman construyó una jaula nueva para los ratoncitos de Beatrix, Tom Pulgar y Hunca Munca, para que pudiera dibujarlos más fácilmente en su próximo libro. Había construido también una casita de muñecas para su sobrina favorita, Winifred; y Beatrix fue invitada a verla y a dibujarla. Pero como su madre puso objeciones, Beatrix tuvo que hacer los dibujos de las fotografías y muestras de los muebles y la comida que Norman le envió. Ella guardó parte de estos muebles durante toda su vida y aún pueden verse en Hill Top, su primer hogar en la región de los lagos.

Beatrix dedicó el libro a Winifred: «Para W. M. L. W., la niña que tenía la casa de muñecas.»

ÉRASE una vez una preciosa casa de muñecas. Tenía las paredes de ladrillo rojo y las ventanas, pintadas de blanco, lucían preciosas cortinas de verdadera muselina... La casa tenía su puerta principal y su chimenea.



Pertenecía a dos muñecas que se llamaban Lucinda y Juanita. En realidad, pertenecía a Lucinda, que era la señora, pero que no pedía nunca la comida, de manera que Juanita, que era la cocinera, tampoco tenía que prepararla... La comida había llegado en una caja llena de serrín y estaba siempre lista.



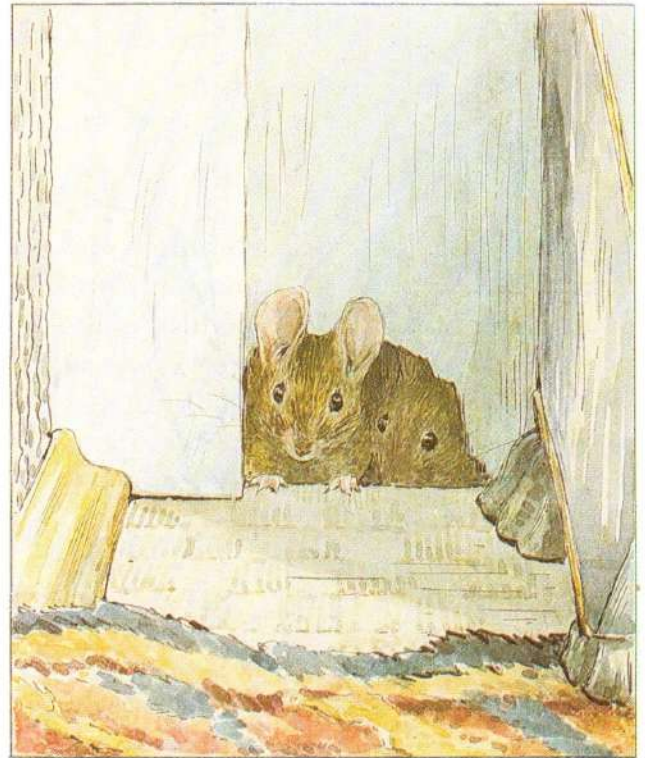
Había dos hermosas langostas, un jamón, un pescado, un pastel, unas peras y unas naranjas.

Estos manjares estaban pegados al plato y, por tanto, no podían comerse, pero... ¡qué apetitosos eran para la vista!

Una mañana Lucinda y Juanita salieron a pasear en el cochecito de las muñecas. El cuarto de los juguetes quedó vacío y solitario. Al cabo de un rato, se oyó un pequeño ruido, como si alguien estuviera hurgando y rascando en el agujero de la pared que había junto a la chimenea.

Tom Pulgar sacó la cabecita por el agujero un instante y después la volvió a meter.

Tom Pulgar era un ratón.





Unos instantes después, Hunca Munca, su mujer, aparecía también por la boca del agujero. Hunca Munca echó un vistazo a su alrededor, vio que no había nadie y se aventuró a bajar hasta el hule que había bajo la caja del carbón.

La casa de muñecas estaba al otro lado de la chimenea. Para llegar a ella, Tom Pulgar y Hunca Munca cruzaron con mucho cuidado la alfombra que había ante la chimenea. Al llegar a la puerta, la empujaron y vieron que estaba abierta.





Tom y Hunca subieron por las escaleras de la casa de muñecas hasta llegar al comedor, que estaba en el primer piso. Y cuando vieron lo que allí había... ¡dieron un chillido de alegría!

¡La cena estaba servida en la mesa!

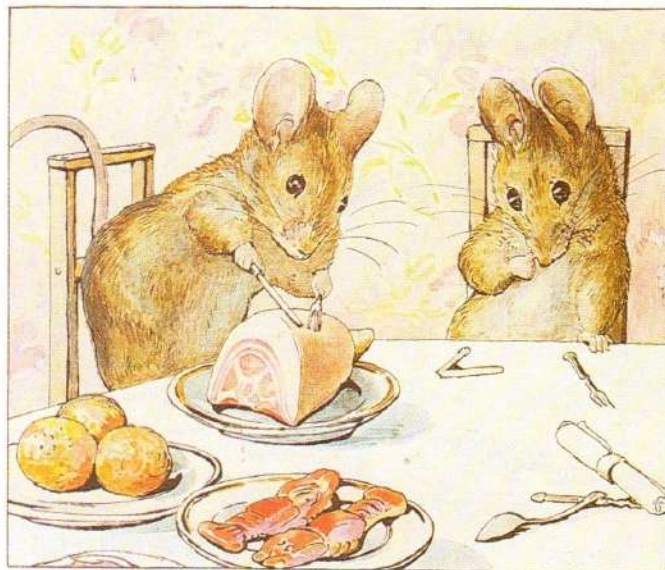
Y no faltaba nada... cucharitas de aluminio, tenedores y cuchillos de plomo, incluso dos sillas de

muñecas para que se sentaran... ¡parecía que les estaban esperando!

Tom Pulgar se fue derecho al jamón y se dispuso a cortarlo. Tenía muy buen aspecto, amarillo por fuera y sonrosadito por dentro.

Pero, al intentar cortarlo, el cuchillo se le dobló y le hizo daño en un dedo.

—¡Este jamón no está cocido! —exclamó, llevándose el dedo a la boca—. ¡Está como una piedra! ¡Pruébalo tú, Hunca Munca!





Hunca Munca se puso de patas sobre la silla y trató de cortar el jamón con su cuchillo de plomo.

—¡Está más duro que el jamón que vende el quesero!
—exclamó Hunca Munca.

Tanto empujó Hunca Munca, que el jamón salió despedido del plato y fue a parar debajo de la mesa.

—¡Deja en paz el jamón!
—le dijo Tom a su mujer—.
¡Dame un poco de pescado,
Hunca Munca!





Hunca Munca trataba por todos los medios de separar el pescado del plato, pero no había manera. El pescado estaba pegado al plato.

Entonces fue cuando Tom Pulgar perdió la paciencia. Cogió la pala y las tenazas que había junto a la chimenea y comenzó a golpear el jamón con todas sus fuerzas —¡zis, zas, zis, cataplás!

El jamón se hizo añicos, porque debajo de la pintura y la escayola... ¡no había nada!

Tan furiosos estaban Tom y Hunca Munca que, después de destrozar el jamón, la emprendieron con el pastel, las langostas, las peras y las naranjas... ¡allí no quedó títere con cabeza!



Como no podían separar el pescado del plato, lo echaron al fuego de la chimenea; pero no se quemaba porque era un fuego de mentira.

Tom Pulgar subió por la chimenea de la cocina y sacó la cabeza por arriba. No se ensució porque era una chimenea sin hollín.





Mientras Tom se subía por la chimenea, Hunca Munca se llevó otro chasco. En el armario de la cocina encontró unas latas muy pequeñas, cada una con su etiqueta —Arroz, Tapioca, Pasas—, pero al volcarlas se percató de que no contenían más que cuentas de colores azules y rojas.

¡Y no pararon allí las diabluras de los dos ratones! Tom Pulgar se fue al dormitorio de Juanita, le vació los cajones de su armario y empezó a tirar la ropa por la ventana...

